

Procesos de identificación en la frontera entre México y los EE.UU.

Por Pablo Vila

Profesor asistente de Sociología en la División of Social and Policy Sciences, University of Texas, San Antonio, y profesor de Sociología en Temple University, Filadelfia. Ha publicado diversos artículos sobre temas de cultura e identidad y sobre música e identidad en la Argentina, en particular sobre tango, folklore de fusión y rock nacional, así como artículos teóricos sobre la relación entre música y narrativas identitarias.

Por diferentes razones, en los últimos quince años la frontera entre México y los Estados Unidos se ha convertido en un tema caliente desde el punto de vista de los procesos de construcción identitaria. En el lado mexicano de la línea internacional, la cuestión siempre debatida del grado de influencia de la cultura norteamericana en las poblaciones fronterizas se volvió crucial cuando México decidió, a mediados de los 80, llevar adelante la implementación del Tratado de Libre Comercio con los EE.UU. Del lado norteamericano, en tanto, nuevos desarrollos de las ciencias sociales, ligados a ciertas posturas posestructuralistas, hicieron de esta frontera el epítome del lugar donde los procesos de hibridación y de "cruce de fronteras" se daban a pleno. Como resultado de todo esto, y dado el exquisito trabajo de teóricos de la talla de Gloria Anzaldúa, Renato Rosaldo, Néstor García Canclini, etc., la frontera entre México y los EE.UU. se transformó en *la frontera* por excelencia.

Sin embargo, cuando uno hace etnografía en esta frontera encuentra cosas bastante distintas a las que plantean ambas propuestas. Por lo tanto, mi acercamiento a la temática de las identidades y las identificaciones que allí tienen lugar se diferencia de los referidos más arriba en varios aspectos. Como planteo extensamente en *Ethnography at the*

Border, mi investigación acerca de la frontera se diferencia de la postura de aquellos autores que la han descrito usando metáforas como "cruzando fronteras", "híbridos", etc. (Rosaldo, 1989; Anzaldúa, 1987; García Canclini, 1990; Hicks, 1991; Calderón y Saldívar, 1991; Saldívar, 1997; Gómez-Peña, 1988, 1991; Harrison y Montoya, 1998; etc.), porque creo que tienden a homogeneizarla, como si hubiera una sola cultura e identidad fronterizas, o un único proceso de hibridación. Pienso, en cambio, que la realidad fronteriza va más allá de la figura consagrada del "cruzador de fronteras" que se ha tornado hegemónica a partir de los estudios norteamericanos. En este sentido, mi investigación busca evitar los problemas en que incurren otros estudios, problemas que identifiqué teóricamente en *Ethnography at the Border* y que cuestiono empíricamente en *Crossing Borders. Reinforcing Borders and Border Identifications*. A mi entender, estos problemas son los siguientes:

- En primer lugar, **la confusión del lado americano de la frontera con la frontera misma**, lo que significa que muchos ciudadanos mexicanos no se sienten representados por la frontera tal cual es descrita por la actual teoría hegemónica de los estudios norteamericanos. Para aquellos investigadores que realizan estudios fronterizos desde el lado mexicano de la línea divisoria es difícil ver a ésta como una mera metáfora, como la posibilidad por excelencia de todo cruce, proceso de hibridación y tropos similares. Una cosa es escribir sobre la metáfora, otra muy diferente es cruzarla (y esperar en el puente por lo menos una hora) diariamente.

- El segundo problema con la actual teoría es **su fracaso al considerar la posibilidad teórica de que la fragmentación de la experiencia pueda llevar a un reforzamiento de las fronteras en lugar de a una invitación a cruzarlas**. "Cruzando fronteras", en lugar de "reforzando fronteras", es la metáfora preferida por este tipo de estudios.

Descripciones idílicas de los habitantes fronterizos como paradigmáticos “cruzadores de fronteras” no dan lugar a la aparición de actores sociales que, por distintas razones, quieren reforzarlas. Por lo tanto, pienso que la metáfora “del cruce” que proponen autores como Anzaldúa es cierta, pero parcial. Necesitaríamos complementarla con alguna otra que refiriera al “reforzamiento”, porque mucha gente no desea cruzarlas, o vivir “en fronteras y márgenes, manteniendo intacta la identidad y la integridad personal siempre cambiantes y múltiples”, como plantea esta autora. Por el contrario, mucha gente quiere reforzarlas, y la tarea de la teoría y los estudios es, precisamente, tomar en cuenta las múltiples lecturas de esta realidad fronteriza donde diferentes narrativas coexisten en un mismo lugar.

- El tercer problema con los estudios de frontera en su versión norteamericana es **su tendencia a caracterizar a aquellas personas que viven en fronteras, los “híbridos”, como teniendo algún tipo de estatus ontológico privilegiado**, en términos de género, clase, etnicidad, nacionalidad, etc. En este sentido, los estudios de frontera tienden a identificar un sujeto que clara e indubitablemente “resiste”, y una estructura social que, casi sin contradicciones, siempre “opreme” (Grossberg, 1996). Esto nos hace perder de vista la situación mucho más complicada de la frontera geográfica, donde la gente constantemente se mueve de posiciones de “resistencia” a posiciones de “opresión”; por ejemplo, cuando los nativos de Juárez, que son “oprimidos” por la formación discursiva norteamericana que los trata como a los “otros”, aplican el mismo tratamiento a los “otros” mexicanos que vienen del sur del país, pidiendo -como hicieron algunos de mis entrevistados- el establecimiento de una frontera en el norte de México, a fin de parar definitivamente la “indeseable” inmigración desde el sur. En la manera en que es caracterizado por algunos representantes de la actual teoría hegemónica, el chicano cruzador de fronteras, o el híbrido -

encarnación del nuevo sujeto privilegiado de la historia-, no sólo silencia la experiencia de otros actores fronterizos sino que también reclama para sí el monopolio de la virtud. Cuando uno lee algunas narrativas fronterizas hegemónicas pareciera como si el narrador se transformara en lo que Stuart Hall (1991) llama “el escritor como oficial de relaciones públicas”. Es decir, el futuro de los estudios de frontera está en peligro si no cambia su actual carácter de “relaciones públicas” por una descripción más compleja de la realidad de la frontera entre México y los EE.UU.

- Finalmente, pienso que los estudios hegemoni- zados por su versión norteamericana tienen **la tendencia a confundir el compartir una cultura con compartir una identidad**. Cuando uno vive o viaja por la frontera se hace inmediatamente claro que una cultura muy similar florece a ambos lados de la línea internacional, un hecho que ha dado apoyo a la idea de la frontera como un “tercer país”. Esta metáfora es usualmente acompañada por la idea de que los mexicanos fronterizos y los méxicoamericanos construyen sus identidades sociales y culturales de manera muy similar. Mi crítica al respecto es que es muy posible compartir aspectos de una misma cultura al mismo tiempo que se desarrollan narrativas identitarias muy diferentes, al punto, en algunas circunstancias, de construir al “otro tipo de mexicano” como al “otro” denostado.

A pesar de lo que plantea la actual teoría de frontera norteamericana, en algunas situaciones el compartir ciertos elementos de la misma cultura no significa, necesariamente, compartir una misma identidad. Lo opuesto puede ser lo que realmente ocurra, y gente que aparece como culturalmente muy similar puede considerarse a sí misma como muy diferente. Si ésto no es así, ¿cómo se puede explicar que muchos méxicoamericanos que celebran con orgullo las fiestas patrias mexicanas, comen comida mexicana, hablan castellano y cantan canciones mexicanas, simultáneamente aplaudan

todos los esfuerzos de las autoridades norteamericanas para parar la inmigración (legal o ilegal) de los mexicanos “reales”, que para muchos de ellos representan al “otro” por antonomasia? ¿Cómo se debería interpretar el caso de los mexicanos fronterizos que continuamente mezclan el castellano con el inglés (“No pude parquear la troca”, “Vamos a comernos unas winnies”, etc.), comen hamburguesas en McDonalds, van muy seguido al “otro lado” a comprar mercaderías norteamericanas, escuchan rock norteamericano, etc., y al mismo tiempo critican constantemente a los gringos (y a sus primos, los méxicoamericanos) por su consumismo sin límites y su racismo? Una cosa es hablar de la frontera como un “tercer país” culturalmente -que es lo que sostienen Paredes (1978) y Anzaldúa-, pero otra muy distinta es plantear que tal país tenga una identidad homogénea.

Es decir, si por un lado en los EE.UU. los estudios de frontera fueron hegemonizados por intelectuales ligados a la literatura, como Anzaldúa, Rosaldo, Saldivar, Gómez-Peña, etc., tales estudios tienen una trayectoria empírica muy importante ejemplificada por el magnífico trabajo de gente como Oscar Martínez (1994) y Carlos Vélez-Ibáñez (1996), entre otros. Sin embargo, en términos de procesos identificatorios se observan ciertas limitaciones. Por ejemplo, si bien estos autores han escrito espléndidos trabajos donde el conflicto entre anglos y mexicanos ocupa un lugar central, el conflicto intra-étnico entre ciudadanos mexicanos y méxicoamericanos o es directamente negado o es considerado como algo totalmente secundario. Obviamente, no todos los estudiosos que hicieron trabajos empíricos sobre la frontera México-EE.UU. han sido influenciados por dichas metáforas. En tal sentido, un buen ejemplo es Josiah Heyman (1994), quien no sólo nos recuerda que al menos hasta 1994 no había estudios etnográficos acerca de los procesos de construcción identitaria en la zona -hechos a ambos lados de la frontera simultáneamente- que avalaran

la propuesta de que la identidad híbrida fuera el epítome de la identidad fronteriza, sino que también plantea que “la evidencia limitada con que contamos (...) indica que la subjetividad en la frontera México-americana se mantiene como fuertemente mexicana” (ver también Heyman 2001). El mismo autor ha hecho una muy buena investigación etnográfica sobre los oficiales de la patrulla fronteriza de origen mexicano en El Paso (2002).

Al mismo tiempo, hay otros autores que o directamente hacen mención al carácter conflictivo de la frontera, o investigan las tensiones raciales y étnicas que caracterizan al suroeste norteamericano, como es el caso de David Gutierrez (*Walls and Mirrors: Mexican Americans, Mexican Immigrants, and the Politics of Ethnicity*, 1995) y George Sánchez (*Becoming Mexican American: Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, 1995). Los trabajos de Manuel Peña, *The Texas-Mexican Conjunto* (1985) y su más reciente *The Mexican American Orquesta* (1999), también revelan la tensión étnica y de clase que existe entre muchos ciudadanos mexicanos y méxicoamericanos. Etnografías más recientes, como las de Scott Cook (*Mexican Brick Culture in the Building of Texas, 1800s-1980s*, 1998) y Alan Klein (*Baseball on the Border. A Tale of Two Laredos*, 1997), también ilustran claramente las relaciones conflictivas y los problemas concomitantes que aquejan a los habitantes fronterizos.

Es interesante hacer notar que cuando comencé mi trabajo de campo, a principios de los 90, la postura académica hegemónica en el lado mexicano estaba ubicada en las antípodas de la posición asumida por los teóricos norteamericanos. Acorde a esto, para muchos estudiosos mexicanos, los mexicanos fronterizos no eran cruzadores de fronteras sino que representaban lo más tradicional de la cultura y la identidad mexicanas. Claramente influenciada por lo que estaba ocurriendo hacia fines de los 80 y principios de los 90 (la aprobación del Tratado de Libre Comercio y el posible deterioro de la

cultura e identidad mexicana debido a la alianza con el gigante del norte), en México se dio una discusión académica muy interesante sobre la existencia (o falta) de una particular “cultura fronteriza”. Tal discusión estaba usualmente ligada a un debate mayor sobre la *mexicanidad* y las identidades culturales y sociales en la frontera. De este modo, se observa que a comienzos de los 90 ambos lados de la disputa estaban firmemente establecidos, sobre todo en relación a este último tópico.

Algunos científicos sociales mexicanos argumentaban que el proceso de transculturación en la frontera norte de México era muy pronunciado (la postura asumida por la teoría de frontera versión norteamericana), pero veían esto como algo muy negativo, en lugar de celebrar tal transculturación como lo hacían los teóricos norteamericanos. De acuerdo a los estudiosos mexicanos que sostenían esta posición, el resultado de tal proceso de transculturación no sólo implicaba el debilitamiento de la identidad mexicana en la región sino, también, la presencia de anomia y desorganización social. Los académicos más importantes detrás de esta postura eran Carlos Monsiváis (1978, 1981), quien si bien la sostuvo hasta bien entrados los 80 cambió de idea hacia mediados de los 90, y Ma. Luisa Rodríguez Sala (1985). La descripción que hace Monsiváis de la frontera como “el resumidero de un país” es suficientemente explícita y resume bien sus ideas iniciales sobre la cultura y la identidad en esta zona.

Otros investigadores, en cambio, argumentaban que no sólo la *mexicanidad* no se había perdido en la frontera, sino que, por el contrario, la identificación nacional mexicana en la frontera era más fuerte que en otras regiones del país. Dicho de otro modo, estos estudiosos estaban hablando de los “reforzadores de frontera” en lugar de los cruzadores de frontera como los actores fronterizos más importantes: “... en la frontera norte de México la dificultad (en definir qué es la cultura nacional) es menor, porque la cultura nacional se define por

contraste con la otredad cultural de los extranjeros con los que se convive y se interactúa cotidianamente. Culturalmente hablando, en la frontera norte lo mexicano es lo no-gringo (Bustamante, 1988; Paredes, 1978; Lozano Rendón, 1990).

Mi objetivo al investigar temas de cultura e identidad en la frontera no fue ni “ejemplificar” con un trabajo empírico en una región geográfica en particular lo que los intelectuales posmodernos estaban postulando en sus escritos teóricos (el pecado de la mayoría de los intelectuales enrolados en la versión norteamericana de la teoría de frontera), ni “calmar” las ansiedades mexicanas sobre los posibles efectos perniciosos en términos de cultura e identidad que muchos mexicanos asociaban al pasaje del Tratado de Libre Comercio con los EE.UU. Por el contrario, mi objetivo fue investigar el complejo proceso de identificación que, en una u otra forma, organiza el comportamiento de los actores en la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso. En este sentido, no presupuse que la *mexicanidad* o la *hibridez* eran las marcas identitarias que funcionaban como organizadores principales de las prácticas sociales en la frontera; lo que hice fue permitir a los actores fronterizos presentar sus propias narrativas sobre las identidades complejas que, en las prácticas cotidianas, ellos creen poseer.

Nuevas teorías de identificación en la frontera entre México y los EE.UU.

Pienso que los estudios sobre cultura e identidad en la frontera México-EE.UU. se podrían beneficiar de los desarrollos recientes de las teorías sobre la identidad. Conuerdo con muchos investigadores en que la síntesis entre varias escuelas, en principio desconectadas entre sí -propuesta hecha por James Holstein y Jaber Gubrium (2000)-, es un punto de partida indispensable para cualquier nuevo estudio sobre el proceso de construcción de identidades. Por otra parte, creo firmemente que los trabajos de

Ernesto Laclau, Chantal Mouffe y Slavoj Žižek son cruciales para entender cómo funciona el proceso de oferta de aquellas identidades que luego la gente, eventualmente y en relación a la construcción de la hegemonía en un tiempo y lugar específicos, usará en sus procesos identificatorios. A mi entender, estos autores ofrecen la mejor propuesta con que contamos hoy día para entender por qué algunas interpelaciones, y no otras, aparecen en ciertas formaciones discursivas, cuál es el proceso que la gente utiliza para lidiar con las múltiples opciones que se les abren en sus procesos de identificación, y cómo la lucha por el poder siempre está presente en todas las instancias que caracterizan a los procesos de construcción identitaria.

Sin embargo, lo que está ausente en su propuesta es un análisis de las prácticas sociales concretas por medio de las cuales los actores, en el curso de sus interacciones, construyen sus identificaciones. Dichas prácticas, usualmente prácticas narrativas (pero no únicamente narrativas), son precisamente las que Holstein y Gubrium iluminan con claridad. Pero su propuesta, a la vez, sufre de una carencia opuesta porque estos autores, al usar un acercamiento foucaultiano para entender los “discursos en la práctica”, pierden los sutiles matices que Laclau, Mouffe y Žižek agregan a un acercamiento teórico, donde la resistencia a los discursos institucionales no está completamente desarrollada. Al mismo tiempo, considero que la introducción que hacen Holstein y Gubrium de Harold Garfinkel y Erving Goffman para mediar a Michel Foucault aún no es suficiente para entender por qué la gente acepta los discursos hegemónicos y construye ciertas narrativas identitarias para entender quiénes son.

Adicionalmente, pienso que ambos acercamientos teóricos pierden de vista algo que aparece de manera prominente cuando uno hace etnografía en lugares como la frontera entre México y los EE.UU. Mi planteo es que en el caso de culturas locales conflictivas, como es la frontera, hay que agregar

algunos ingredientes teóricos más para entender mejor los procesos identificatorios que ocurren en la región. En primer lugar, el poder de “filtrado” que tienen las tramas narrativas en relación a las formaciones discursivas en general; es decir, yendo un paso más allá de los aportes de Laclau, Mouffe y Žižek. En segundo lugar, introduciendo alguna conceptualización acerca de la “trayectoria” o “la existencia de algunos puntos nodales más centrales que otros, los cuales, a través del tiempo, organizan la experiencia”, o algo similar, para dar cuenta del hecho de que las personas no comienzan desde cero en cada nueva interacción social su proceso de construcción identitaria; esto es, yendo más allá de las ideas de Holstein y Gubrium acerca de los procesos “locales y situacionales” de construcción identitaria. Es con este tipo de adiciones que las propuestas de Laclau, Mouffe y Žižek, por un lado, y Holstein y Gubrium, por el otro, podrían hacerse compatibles (algo que ahora no son, ya que no se mencionan para nada unos a los otros en sus escritos) y podrían ser productivamente aplicadas al entendimiento de un campo de relaciones sociales tan complejo como es la frontera.

En este sentido, concuerdo plenamente con Hall (1996) cuando afirma que entender el proceso de construcción identitaria no sólo requiere que el sujeto sea “llamado” a ocupar una posición social en particular por el discurso hegemónico, sino también que dicho sujeto “invierta” en esa posición social. La teoría de la interpelación, propuesta por Althusser, así como la teoría de la construcción del sujeto como “efecto” del discurso, propuesta por Foucault, dan cuenta del “llamado” o del proceso por el cual se construyen posiciones de sujeto dentro de formaciones discursivas particulares, pero dejan sin responder por qué dicho sujeto invierte en tal particular versión de una posición de sujeto y no en otra. Por qué, por ejemplo, una persona que es tercera generación mexicana, que vive en los EE.UU., es hombre, abandonó la escuela secunda-

ria, es heterosexual y trabajador decide invertir en la posición de sujeto “mexicano”, en lugar de hacerlo en las posiciones de sujeto “méxicoamericano”, “American of Mexican descent” o “chicano”.

Considero que es precisamente aquí donde la teoría narrativa puede ayudar a entender por qué ciertas interpelaciones “pegan” donde otras fracasan. Mi idea (Vila, 2000) es que los eventos sociales son construidos como “experiencia”, no sólo en relación a discursos que les proveen de sentido en general, sino también en relación a tramas narrativas que los organizan coherentemente. Así, es precisamente la trama argumental de mi narrativa identitaria la que guía el proceso de selectividad de lo “real”, que es concomitante con toda construcción identitaria. En esta selección de lo “real” también se incluye la relación que establecemos entre nuestra trama narrativa y las múltiples interpelaciones y tropos que la cultura en general (y los sistemas clasificatorios en particular, en el caso de las interpelaciones) nos ofrece para identificarnos. Lo que planteo es que las múltiples interpelaciones y tropos que nos circundan son, de alguna manera, evaluados en relación a la trama argumental de nuestra narrativa identitaria, de manera que tal evaluación gatilla un complejo proceso de negociación entre narrativas, interpelaciones y tropos.

Holstein y Gubrium también tratan de entender cómo las posiciones de sujeto que los discursos ofrecen a los actores sociales (su fuente más importante en este sentido es Foucault y la terminología que usan para nombrar esta oferta de identidad es “discursos en la práctica”) son voluntariamente incorporadas en su repertorio de identidades. Las fuentes teóricas más importantes que usan estos autores para entender esta otra parte del proceso de construcción identitaria son Garfinkel, Goffman y Sacks, con algunos teóricos de la narrativa mezclados aquí y allá, y la terminología que usan para referirse a esta parte de su proyecto teórico es “prácticas discursivas”. Su punto de partida teórico

es la idea de Jean-François Lyotard de que el sujeto es un proyecto práctico de la vida cotidiana, el cual es “articulado localmente, reconocido localmente, y del que hay que hacerse responsable localmente” (mi traducción). En la frontera esto significa que las diferentes construcciones que la gente hace de la línea divisoria internacional (como barrera, como oportunidad, como metáfora de otras fronteras personales más importantes, etc.) entran en el sentido común de la región a través de las distintas tramas argumentales que la gente desarrolla para entenderse a sí misma y comprender quiénes son los “otros”. En otras palabras, los procesos de construcción de la identidad y de la frontera misma están, muchas veces, altamente relacionados.

Sin embargo, la frontera no es sólo una, sino múltiple, en el sentido de que no sólo diferentes actores construyen fronteras distintas e identidades diversas, sino también porque tales fronteras divergentes adquieren un peso específico distinto en relación a las diversas posiciones de sujeto (y las diferentes narrativas que tratan de dar cuenta de tales posiciones) que dichos actores deciden usar en sus procesos identificatorios. En el curso de mi investigación, por ejemplo, se hizo muy claro que la frontera era, por diferentes motivos, un recurso muy valorado para diversos actores fronterizos: trabajadores indocumentados en búsqueda de un salario en dólares en el “otro lado”; juarenses que aprovechan los precios diferenciales y compran ropa y artículos electrónicos en El Paso; fronterizos que usan la frontera para “elevarse” en su estatus social dentro de México porque viven en las cercanías de un “país del primer mundo”; anglos pobres que continuamente usan los sistemas de asistencia médica y dental de México porque son mucho más baratos que los norteamericanos, etc.

Al mismo tiempo, la presencia de la frontera es considerada como un problema, por diversas razones, para otros actores fronterizos: juarenses que se sienten “invadidos” por los inmigrantes sureños

que también quieren aprovechar las oportunidades económicas que brinda la frontera; paseños que creen a pies juntillas que “todos los problemas sociales y la pobreza de la ciudad están relacionados con los mexicanos”, etc. Inclusive, no es infrecuente que una misma persona, en situaciones diferentes, pueda construir la frontera de la manera contradictoria descrita más arriba. Sin embargo, esta “frontera de las oportunidades o frontera de la desesperación” (para simplificar algo que es muchísimo más complejo) no es vivida como tal *in toto* por los distintos actores fronterizos, sino que está altamente mediada por las diversas posiciones de sujeto que dichos actores ocupan más allá del paradigmático “cruzador de fronteras” de la teoría de frontera hegemónica norteamericana.

Lo que quiero plantear aquí es que la construcción de la frontera en sí misma y la construcción de las distintas identidades fronterizas que ésta implica están mediadas por las diferentes identidades regionales, étnicas, nacionales, de clase, de género, etarias y/o religiosas (sólo por nombrar algunas de las más importantes) que la gente también construye en la región fronteriza; identidades que, por supuesto, son en sí mismas construidas de una manera particular por la presencia de la propia frontera. De esta manera en mi trabajo de campo, por ejemplo, se hizo rápidamente evidente que las mujeres juarenses muchas veces tienen que lidiar con la imagen altamente estereotipada de que poseen “valores morales dudosos” -en el mejor de los casos- o directamente son “prostitutas” -en el peor-, por el mero hecho de ser de Juárez. En este ejemplo, una posición de género es cruzada por un particular discurso de *género fronterizo*, esto es, siguiendo a Holstein y Gubrium, una identidad de género que es “articulada localmente, reconocida localmente, y de la que hay que hacerse responsable localmente”. Este peculiar *discurso de género fronterizo* se aplica a Ciudad Juárez (y tal vez a un puñado de ciudades fronterizas como Tijuana), pe-

ro no tiene ningún sentido cuando se aplica a muchas otras ciudades fronterizas, como Agua Prieta, por ejemplo. Si nos movemos del género a la posición de sujeto que habitualmente identificamos como “clase”, un mexicanoamericano de clase media alta viviendo en la frontera no puede obviar el hecho de que su identidad de clase tiene que lidiar con el discurso tan extendido en la región que sostiene que “toda la pobreza es mexicana”.

En este sentido, acuerdo completamente con Laclau (2000) cuando plantea que “ganamos muy poco, una vez que concebimos a las identidades como convicciones colectivas complejamente articuladas, al referirnos a las mismas a través de designaciones tan simples como clases, grupos étnicos, etc., que son, en el mejor de los casos, nombres de puntos de estabilización transitorios. La tarea realmente importante es entender las lógicas de su constitución y disolución” (mi traducción). Como “puntos de estabilización transitoria”, las clases sociales, los grupos raciales, étnicos y religiosos, etc. (es decir, aquellas identidades grupales que median la frontera), ofrecen diferentes posiciones de sujeto con las que la gente se puede identificar siguiendo los discursos locales disponibles que, conflictivamente, tratan de dar sentido a dichas posiciones. Aquí nos topamos con un lenguaje que da cuenta de la conflictiva lucha por el poder que, de algún modo, está ausente de la formulación que proponen Holstein y Gubrium. Es decir, la “cultura fronteriza local” que da las pautas para que toda identidad fronteriza sea “articulada localmente, reconocida localmente, y de la que hay que hacerse responsable localmente” no proviene de la nada y se queda allí para siempre, sino que está siendo constantemente formulada y reformulada por las luchas simbólicas cuya meta es cerrar el sentido de una manera en particular.

Para complicar aún más las cosas, a la consideración de que la construcción social de la frontera *per se* está complejamente entrelazada con las innumerables identidades que la gente actúa en la vida

diaria, tenemos que agregar el hecho de que tales identidades diversas se median las unas a las otras y a la manera en que los distintos actores sociales experimentan la frontera. El caso más extremo en mi investigación ocurre entre los pentecostales, para los que la frontera geográfica prácticamente desaparece de su universo simbólico. Como ilustración de lo que estoy planteando volvamos por un instante al ejemplo que mencioné anteriormente de una mujer de Juárez que migra al interior de México y que muchas veces es interpelada como “prostituta” debido al particular traslape de su identidad de género con su identidad regional. Si tal mujer también construye localmente su identidad en una iglesia pentecostal, es mucho más factible que sea interpelada simplemente como un “alma salvada”, sin tener en cuenta para nada ni su identidad de género ni su identidad regional. Por lo tanto, lo que he tratado de mostrar en mi investigación es cómo algunas identidades raciales, étnicas, regionales, religiosas, de género y de clase parecen tener más o menos “fronteras geográficas” dentro de sí que otras identidades del mismo tipo, mostrando cómo la frontera socialmente construida tiene diferente peso específico para distintos tipos de identidad.

Esta es la razón por la cual no veo mucha relación entre mi manera de entender la frontera, y las identidades que la cultura fronteriza auspicia, con el típico debate intelectual mexicano que sostiene que en la frontera hay “más mexicanidad” (posición de Bustamante, Lozano Rendón, etc.) o “menos mexicanidad” (posición asumida por Monsiváis, Rodríguez Sala, etc.) que en el resto de México. Es también la razón por la cual la imagen del “cruzador de fronteras” promovida por la versión norteamericana es sólo una de las muchas posibilidades identitarias que he encontrado en la región.

En mi investigación quise mostrar cuán multifacética puede ser la situación de la frontera. Esto no quiere decir que no tengamos un debate en la región acerca del grado de *mexicanidad* que existe

entre los fronterizos, o cómo la frontera es una oportunidad que mucha gente usa para trascender los límites y las barreras. Pero tales controversias son mediadas por las diferentes posiciones de sujeto con las cuales los distintos actores sociales se identifican en la región, tales como sus identidades religiosas (donde ser más católico es generalmente ligado con ser más mexicano), sus identidades de género (donde ser más machista es usualmente parangonado por mucha gente con ser más mexicano), sus identidades de clase (donde ser pobre es muchas veces relacionado con ser mexicano), etc. A su vez, mucha gente construye la frontera como una posibilidad de trascender límites, pero al mismo tiempo puede ser usada para reforzarlos. Sin embargo, la gente cruza o refuerza dichas fronteras no como un cruzador o un reforzador paradigmático, sino a través de las múltiples identidades diferentes que actúan cotidianamente en la región.

En este sentido, podríamos decir que en la frontera la gente vive en un medio en donde hay infinidad de mensajes identitarios acerca de qué tipo de personas pueden ser y una infinidad de significantes del yo con el que la gente se puede identificar (Holstein y Gubrium; Gergen, 1991). Sin embargo, no todas las ofertas identitarias tienen el mismo peso en el sentido común de la región y su capacidad de “contactar” y “conquistar” a los actores sociales es despareja. Aquí es donde la lucha por el sentido de las diferentes posiciones de sujeto (¿Un hombre necesariamente tiene que ser machista para ser considerado realmente mexicano en términos de género? ¿Para ser norteamericano, uno tiene que ser un consumista desenfrenado?, etc.), la lucha por la jerarquía de dichas posiciones en la frontera (¿Es mi identificación como fronterizo más importante que mi identificación como mexicano?), y la lucha por la construcción simbólica de la frontera misma se pone, situacional y provisionalmente, en juego. Es aquí donde Laclau, Mouffe y Žižek entran al escenario nuevamente, porque algunos de los juegos de

lenguaje a que se refieren Holstein y Gubrium, debido a razones hegemónicas, son mucho más “disponibles localmente”, tienen mucho más “prestigio local” y lucen mucho más “genuinos localmente”, que otros.

Al mismo tiempo, mi trabajo sobre identificaciones en la frontera intenta ir más allá del uso que hacen Holstein y Gubrium de la teoría narrativa, para comprender un poco mejor por qué la gente selectivamente llama a los juegos de lenguaje que luego utiliza para construir sus identidades. Sin duda, estos autores realizan un trabajo espléndido mezclando la teoría narrativa con Garfinkel, Goffman y Sacks; sin embargo, un cambio de paso es necesario para comprender mejor por qué los actores sociales seleccionan determinados juegos de lenguaje en lugar de otros, es decir, por qué la gente usa determinadas interpelaciones, categorías sociales, metáforas e identidades narrativizadas, y no otras. Aquí estoy tratando de detallar (usando la teoría narrativa para complicar la postura teórica de Laclau) cuáles son las especificidades de un lugar tan complejo como la frontera entre México y los EE.UU.

Dicho esto, me parece muy pertinente lo que plantea Laclau (2000): “Ciertos elementos discursivos cumplen un rol de anclaje -esto es lo que la noción de ‘Significantes Maestros’ o ‘puntos nodales’ implica-(...) el hecho de que en ciertos contextos políticos (‘mexicano’) pueda jugar el rol de significante maestro que organiza una serie de posiciones discursivas no significa que (‘mexicano’) tenga un significado definitivo independiente de todas las articulaciones discursivas. (‘Mexicano’) funciona, por el contrario, como un significante puro, en el sentido de que su función significativa dependerá de su posición en una cadena significativa, posición que será determinada parcialmente a través de asociaciones ‘significativas’ (por ejemplo, la asociación de lo mexicano con la pobreza *versus* su asociación con el trabajo duro)... y parcialmente a través de puentes verbales... El juego relativamente estable de todas estas posiciones es

lo que constituye una ‘formación hegemónica’ (mi traducción; en el texto de Laclau el significante referido es “negro” y no “mexicano”).

Así, de acuerdo a Laclau y Mouffe, todo discurso trata de dominar el campo de la discursividad expandiendo cadenas significantes que fijan parcialmente el sentido de ciertos significantes flotantes. “Los puntos discursivos privilegiados que parcialmente fijan el sentido dentro de dichas cadenas significantes son llamados *puntos nodales* o, según Lacan, *points of caption* (literalmente: puntos de hilván). El punto nodal crea y sostiene la identidad de un discurso en particular construyendo un nudo de sentidos bien definidos” (Torfing, 1999). Los puntos nodales están a cargo del proceso de articulación que caracteriza una particular formación discursiva que lucha por la hegemonía. Al mismo tiempo, creo que las tramas narrativas que la gente está acostumbrada a usar juegan una función muy importante en cualquier proceso de identificación. También pienso que en la frontera entre México y los EE.UU. ciertas tramas narrativas son hegemónicas. Por lo tanto, la pregunta a hacerse aquí es: ¿Cuál es la relación que existe entre puntos nodales, significantes flotantes, acontecimientos, eventos y tramas narrativas? La relación, como no podría ser de otra manera, es muy compleja.

Por un lado, una narrativa es un discurso en sí mismo. Como tal, su construcción sigue todos los pasos que Laclau y Mouffe han identificado para los discursos en general. Esto es, en cualquier narrativa cierto elemento discursivo privilegiado (el significante maestro o punto nodal) juega un rol de anclaje que, retroactivamente, articula el sentido de una variedad de significantes flotantes. Consideremos, por ejemplo, una de las narrativas que yo encontré en mi trabajo de campo a manera de ilustración de lo que estoy diciendo. En una entrevista que conduje con un grupo de inmigrantes mexicanas en El Paso, una de las participantes (Norma) me contó la siguiente historia:

“Una muchacha que vive aquí en el callejón... una vez se peleó con un muchacho; o sea, ella tiene un muchachito y el muchacho tiene otro muchachito y andaban ahí en los resbaladeros del parque. Entonces el muchacho va y quita al muchachito de ella para que se suba el de él y le dice: ‘Quítate de aquí, hazte para allá para que suba m’hijo’, y le dijo ella: ‘¿Por qué lo quitas?’. Él dijo: ‘Sabes qué, este parque nos pertenece a nosotros los de aquí, tú eres de Juárez, tú no tienes nada que venir a hacer al parque’, y le dice ella: ‘Sabes qué, si yo vivo aquí a mí lo que como me cuesta y a ti no, a ti te mantiene el gobierno con tu chavalo, yo pago impuestos, yo pago todo y tú no pagas nada’. Y sí, es cierto, porque ¡toda la gente aquí tiene así de chavalos! y a todos estampillas. Fijese, a mí nunca me han podido dar, porque tengo esta garrita de casa, mi esposo trabaja, mi esposo tiene 67 años y él todavía trabaja, y yo trabajo, y por eso no nos dan, tenemos dos hijos y por eso no nos dan. Y yo le digo a él: ‘Tú deberías de dejar de trabajar ya, ya estate con tus años arriba, ya no puedes’. Le digo: ‘Hay muchos jóvenes y mejor están acostados en el parque’, y le digo: ‘Y a esos son los que ayuda el gobierno y les da y los mantienen, gente que está fuerte y uno que más y más le da al gobierno, es al que más y más le quitas’. ¿Por qué oiga, por qué es eso?”.

Esta es una narrativa completa con trama argumental, personajes, una secuencia (un comienzo, una parte intermedia y un final), y una postura moral acerca de lo que se está contando. Al mismo tiempo, esta narrativa es un discurso con un punto nodal que articula una serie de significantes flotantes. En el discurso de Norma (e implícitamente en el de su amiga ausente), el punto nodal que hilvana los significantes flotantes es la idea de que los derechos se ganan cuando la gente trabaja. A partir de este punto nodal, los significantes flotantes “impuestos”, “gobierno”, “aquí”, “mexicano”, etc., adquieren un particular sentido: alguna gente paga sus impuestos porque trabaja, pero no se le permi-

te recibir servicios gubernamentales a pesar de ello; alguna gente no trabaja, pero aún así recibe servicios gubernamentales que se pagan con los impuestos de otra gente que sí trabaja; el gobierno no es justo en la manera en que recauda impuestos y distribuye los servicios que se financian con dichos impuestos; “aquí” es donde yo vivo, trabajo y pago mis impuestos; mexicana es cualquier persona de ascendencia mexicana, independientemente de su nacionalidad, etc.

En el discurso implícito del “malo de la película” (el mexicano que quitó al muchachito del resbaladero) el punto nodal que retroactivamente confiere una identidad totalmente diferente a los mismos significantes flotantes es la idea de que los derechos se adquieren con la ciudadanía. A partir de este punto nodal los mismos significantes flotantes hilvanados por el discurso de la amiga de Norma significan algo completamente distinto: alguna gente merece recibir los servicios gubernamentales que se financian con los impuestos (independientemente de quién los pague) porque son ciudadanos de un determinado país; el gobierno es justo en la manera en que usa el dinero de los impuestos porque protege a sus ciudadanos; “aquí” es donde Ud. nació y el país del que es ciudadano por nacimiento; mexicana es una persona que nació en México, independientemente de su etnicidad, etc.

Sin embargo, cuando analizamos el mismo discurso como una narrativa completa, nuestra investigación tiene que cambiar de dirección. Esto es así porque la formación discursiva es introducida en la narrativa a través de las acciones (tal como son contadas por la trama argumental) de ciertos personajes en particular. En la narrativa que estamos analizando aquí dichos actores son la “heroína”, es decir, la amiga de Norma, la que es retratada como una inmigrante mexicana muy trabajadora que no puede usar el sistema de bienestar social porque su estatus migratorio se lo impide; y el “malo de la película” es el mexicano flojo que no traba-

ja pero que depende para su subsistencia de la ayuda pública que le brinda el gobierno. Tan pronto como nos movemos, con la introducción de actores, de un discurso en general a una narrativa personal tenemos que concentrar nuestro análisis en las tramas narrativas (en lugar de los puntos nodales), y en acontecimientos transformados en eventos (en lugar de significantes flotantes a los cuales el significante maestro, a través de su poder articulador, les confiere una particular identidad).

Por lo tanto, confrontada con la agresión del muchacho méxicoamericano, la amiga de Norma tiene que construir una narrativa para entender qué es lo que está pasando y establecer un sistema de reciprocidades; aunque, por supuesto, que construya una historia en términos *étnico/nacionales* no es obligatorio. La amiga de Norma podría fácilmente haber construido una narrativa diferente, en términos de género por ejemplo, usando algún tipo de discurso feminista (también disponible en la región) que plantea que “todos los hombres” son autoritarios, más allá de su etnicidad o nacionalidad. Una narrativa *religiosa*, que planteara que “los verdaderos cristianos” no se comportan de esa manera, hubiera sido posible también. Teóricamente, las posibilidades de enmarcar el evento ocurrido en términos de una narrativa particular son ilimitadas. Sin embargo, la amiga de Norma decide enmarcar su narrativa en términos *étnico/nacionales*, mostrando cómo para alguna gente tales historias son particularmente preferidas en la frontera entre México y los EE.UU. Esto es, cuando algunos ciudadanos mexicanos como Norma tienen una confrontación con méxicoamericanos ambos actores parecen preferir una trama *étnico/nacional* y no otras tramas narrativas para dar cuenta de lo que está pasando.

El hecho de que Norma y su amiga enmarquen la narrativa sobre esta confrontación en términos *étnico/nacionales*, en lugar de hacerlo usando un discurso de género o religión, también nos muestra cómo, en ciertas circunstancias, las diferentes for-

maciones discursivas que luchan por la hegemonía en un lugar en particular son definidas localmente y ganan la batalla por el sentido a un nivel diferente que el planteado por Laclau y Mouffe. *Lo que quiero proponer aquí es que tanto la elección de un discurso étnico/nacional como la selección de la formación discursiva que articula los significantes flotantes “impuestos”, “gobierno”, “aquí”, “mexicano”, etc., a través del punto nodal que plantea que los derechos se ganan cuando la gente trabaja, son introducidos en la narrativa de Norma a través de la mediación de una trama argumental que “construye” un particular tipo de personaje (el inmigrante mexicano muy trabajador) que “llama” a dichas formaciones discursivas específicas en lugar de otras para apoyar su existencia como personaje.* En otras palabras, lo que crea la identidad de una formación discursiva es, como plantean Laclau y Mouffe, el poder articulador del significante maestro o punto nodal, pero lo que construye la identidad de un actor social es la trama narrativa de la historia que está siendo contada. La formación discursiva que relaciona “tener derechos” a “trabajar” ayuda a Norma y a su amiga a apuntalar el particular personaje que su historia está construyendo. En otras palabras: diferentes personajes fronterizos “llaman” a diferentes formaciones discursivas.

Lo que estoy proponiendo aquí es que la función de hilván que juega el punto nodal a nivel de los discursos en general es jugada por la trama argumental a nivel de las narrativas identitarias. Dicho proceso de hilván en la narrativa ocurre cuando una trama argumental es usada para, retroactivamente, transformar acontecimientos en eventos significativos (desde el punto de vista del personaje creado por la trama narrativa). Los acontecimientos siempre estuvieron ahí, pero solamente devinieron en “eventos significativos” cuando fueron incorporados dentro de una narrativa en particular, cuando fueron organizados por una particular trama argumental. Los mismos acontecimientos podrían haber sido entra-

mados de manera diferente (o no entramados en absoluto) por una trama narrativa distinta.

Lo importante a tener en cuenta aquí es que la interacción entre significantes maestros, significantes flotantes y tramas narrativas es muy compleja. Así, la interacción entre la trama narrativa y las formaciones discursivas que compiten a nivel local puede llevar a dos resultados extremos (ambos muy improbables): la total aceptación o el total rechazo de un discurso que está luchando por la hegemonía por parte de un actor social que usa una trama narrativa en particular para construir su identidad; esto es, la total aceptación o el total rechazo del proceso de hilván realizado por el punto nodal. Con mucha más frecuencia ocurre que, para un actor social en particular, "algunos" de los significantes flotantes no pueden ser hilvanados por el punto nodal debido a la función de tamiz que cumple la trama narrativa que el actor está usando situacionalmente, mientras otros significantes flotantes sí pueden ser hilvanados con más facilidad. La cantidad de significantes flotantes que una particular trama narrativa permite que sea hilvanada, así como la "calidad" del hilván (algunos significantes maestros pueden ser mucho más exitosos que otros en la tarea de hilvanar significantes flotantes al interior de una peculiar trama narrativa) determinarán el tipo y la calidad de la aceptación de la formación discursiva por dicho actor social en particular.

Por lo tanto, mi posición es que cualquier formación discursiva que quiera pelear la lucha por la hegemonía (la posición de Laclau) no sólo tiene que hacerlo localmente, y a través de los diferentes mecanismos de los "discursos en la práctica" (la posición de Holstein y Gubrium), sino que, más importante aún, tiene que hacerlo en el campo de las diferentes historias que los actores sociales construyen para entenderse a sí mismos y a los otros. Pienso que en algunas ocasiones el punto nodal que hilvana coherentemente ciertos significantes flotantes en una formación discursiva coincide con la trama

narrativa que un actor social en particular utiliza para transformar acontecimientos en eventos. El hecho de que la mayoría de la gente que entrevisté en la frontera decidiera usar los puntos nodales que organizan el sentido y la identidad en términos de región, etnicidad, raza y nación como sus tramas narrativas centrales fue la razón por la cual empecé mi reporte etnográfico siguiendo dichas tramas argumentales. Mucha gente de la región organizó sus identidades religiosas, de género y de clase alrededor de los significantes maestros de región, etnicidad, raza y nación, de ahí que mi trabajo subsiguiente diera cuenta de tales posiciones de sujeto.

Así, para muchas de las personas que entrevisté en la frontera, el punto nodal "mexicanidad igual pobreza" (actualizado en la connotación que la categoría "mexicano" tiene para mucha gente en la frontera, y en el uso de una gran variedad de metáforas en relación a los mexicanos) está jugando, simultáneamente, el rol de anclaje que, según Laclau, desempeñan ciertos elementos discursivos privilegiados, y el rol organizador que la trama narrativa tiene al transformar acontecimientos en eventos con sentido. Por lo tanto, mi planteo es que en la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso la trama argumental que sostiene que "toda la pobreza es mexicana" ancla un juego estable de posiciones de sujeto en una particular formación discursiva que, en los 90, era hegemónica en la región. Al mismo tiempo, sin embargo, dicha formación hegemónica desde un comienzo (el "always already" de Jacques Derrida) estuvo amenazada por discursos fronterizos alternativos (con significantes maestros alternativos, y/o articulaciones alternativas; es decir, con diferentes interpelaciones y metáforas) y, fundamentalmente, por distintas tramas narrativas que trataron de abrir de nuevo lo que tal sistema de equivalencias quiso fijar para siempre (Laclau, 2000).

Por lo antedicho, entiendo que las diferentes identidades fronterizas que encontré en el área de Ciudad Juárez-El Paso son los puntos de identifica-

ción provisionales producidos por las prácticas hegemónicas que pelearon y ganaron (al menos por el momento) la lucha por la clausura del sentido en la región. Así, los sistemas de categorías identitarias *regionales* (sureños, norteños, fronterizos, juareneses, paseños, texanos, etc.), *étnicas* (mexicano, méxicoamericano, chicano, hispano, latino, etc.), *raciales* (blanco, negro, asiático, indio, etc.) y *nacionales* (mexicano o americano) que mucha gente usa prominentemente en la región no están ligados a ningún "interés paradigmático predeterminado bajo el cual otros intereses e identidades pueden ser subsumidos" (Torfing, mi traducción). Por el contrario, estos significantes son significantes puros, vacíos, que funcionan como puntos nodales en diversas formaciones discursivas construidas a partir de la lucha acerca de, entre otras cosas, la manera significativa de dividir regiones, naciones, razas y etnicidades. Estas categorías identitarias centrales no son otra cosa que el producto de la hegemonización de un campo de posiciones de sujeto diferenciales de la que habla Laclau.

A través de un proceso distinto de hilvanado estos significantes pueden llegar a construir otro tipo de formaciones discursivas. Eventualmente, los significantes "región", "nación", "raza" y "etnicidad" pueden perder su estatus de significantes maestros, ser transformados en significantes flotantes y ser hegemonizados por otros principios articuladores que los construyan de manera diferente y desarrollen un sistema de categorías distinto alrededor de ellos (o que, inclusive, los pueden hacer desaparecer totalmente de la nueva formación discursiva). Por el momento, sin embargo, estos puntos nodales articulan muchas de las otras categorías identitarias de la zona como, por ejemplo, las identificaciones religiosas, de género y de clase.

Al mismo tiempo, los puntos nodales más importantes que encontré en el lado mexicano de la frontera (*región* y *nación*) cobran efectividad en las identidades de algunas personas a través de las di-

versas tramas narrativas que sostienen, entre otras cosas, que los *sureños* supuestamente son flojos, religiosamente atrasados y más tradicionales en términos de su conducta de género; los *fronterizos* estarían más orientados hacia el trabajo, y serían más modernos en términos de religión y género; los *mexicanos* supuestamente son más familiares, más religiosos y menos obsesionados con el trabajo que los americanos; los *americanos* serían más liberales en términos de género, menos religiosos y estarían totalmente obsesionados con el trabajo, etc. En el lado americano de la frontera, la *etnicidad/raza* y la *nación* parecen jugar el papel de puntos nodales que organizan cadenas específicas de equivalencias, y otras tramas narrativas introducen estas formaciones discursivas en la identidad de los actores sociales allende la frontera.

Resumiendo mi argumento, creo que para comprender mejor la complejidad de las identificaciones que los actores sociales asumen en la frontera entre México y los EE.UU. no sólo tenemos que combinar las propuestas de Holstein y Gubrium, por un lado, con las de Laclau, Mouffe y Žižek, por el otro, sino que también tenemos que tener en cuenta el rol mediador que juega la trama narrativa en relación al papel articulador que cumplen los puntos nodales; esto es, cómo las formaciones discursivas disponibles localmente son introducidas en las narrativas de las personas a través de las acciones (tales como las relata la trama argumental) de ciertos personajes. Así, lo que proponen Hostein y Gubrium, esto es, combinar los "discursos en la práctica" con la "práctica discursiva" para dar cuenta del proceso de construcción del yo es, con las modificaciones que propongo más arriba, muy apropiado para entender las identidades fronterizas: "La intersección de la práctica discursiva con los discursos en la práctica es el espacio operativo donde tiene lugar la construcción del yo. La manera en la cual el yo puede ser historizado, los medios por los cuales la cons-

trucción del yo es interaccionalmente producida, qué tipos de historias se prefieren o las historias de las que la gente se hace cargo localmente, las dimensiones del yo que son más prominentes en un determinado lugar, y qué tipo de lenguaje del yo es situacionalmente empleado, todo ello converge simultáneamente en la práctica interpretativa para articular y formar nuestras identidades” (mi traucción).

En mi investigación sobre las identificaciones fronterizas he tratado de mostrar las diferentes maneras en que el yo puede ser relatado en la zona. He prestado particular atención a los tipos de relatos que son preferidos y actuados localmente, y los he denominado las tramas narrativas hegemónicas de la región: toda la pobreza es mexicana, todos los problemas sociales de Juárez se deben a la inmigración que arriba desde el sur de México, los méxicoamericanos se están americanizando, etc. Dentro de estos relatos, ciertas interpelaciones y metáforas ocuparon un lugar central en mi análisis: sureños, fronterizos, nortños, chilangos, pochos, gabachos, gringos, etc.; así como las metáforas de las “ciudades hermanas” o el tropo “primer mundo versus tercer mundo”. Las dimensiones del yo que eran prominentes localmente también fueron analizadas: el carácter regionalizado de las identidades religiosas y de género, la etnización y nacionalización de las diferencias de clase, etc. Todo esto teniendo en cuenta que las relaciones sociales son siempre relaciones de poder. Así, de acuerdo a Laclau (ver también Mouffe, 1996), el poder constituye la identidad social en un acto de exclusión, y la persistente exclusión de lo que es desautorizado es la condición de posibilidad de la identidad social en cuestión. Por lo tanto, la lucha por el sentido que encontramos en la frontera puede ser, dada las peculiares características del lugar, un poco más compleja que otras luchas por el sentido, pero tal lucha es la característica de cualquier lugar donde ocurran procesos de identificación.

BIBLIOGRAFÍA

- ANZALDÚA, G. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, Aunt Lute Books, San Francisco, 1987.
- BUSTAMANTE, J. “Identidad, cultura nacional y frontera”, en Malagamba, A. (ed.). *Encuentros. Los Festivales Internacionales de la Raza*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, 1988.
- CALDERÓN, H. y SALDÍVAR, J.D. (ed.). *Criticism in the Borderlands: Studies in Chicano Literature, Culture, and Ideology*, Duke University Press, Durham, 1991.
- COOK, S. *Mexican Brick Culture in the Building of Texas, 1800s-1980s*, College Station, Univesity Press, Texas, 1998.
- GARCÍA CANCLINI, N. *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1990.
- GERGEN, K.J. *The Saturated Self: Dilemmas of Identity in Contemporary Life*, Basic, New York, 1991.
- GÓMEZ-PEÑA, G. “Border Brujo”, en Weiss, R. y West, A. (ed.). *Being América: Essays on Art, Literature, and Identity from Latin America*, White Pine, Fredonia, N.Y., 1991.
- _____ “Documented/Undocumented”, en Simonson, R. y Walker, S. (ed.) *The Graywolf Annual Five: Multi-Cultural Literacy*, Graywolf, St. Paul, Minnesota, 1988.
- GROSSBERG, L. “Identity and Cultural Studies-Is That All There Is?”, en Hall, S. y du Gay, P. (ed.) *Questions of Cultural Identity*, Sage Publications, London, 1996.
- GUTIERREZ, D. *Walls and Mirrors: Mexican Americans, Mexican Immigrants, and the Politics of Ethnicity*, University of California Press, Berkeley, 1995.
- HALL, S. “Introduction: Who Needs ‘Identity?’”, en Hall, S. y du Gay, P. (ed.) *Questions of Cultural Identity*, Sage Publications, London, 1996.
- _____ “The Local and the Global: Globalization and Ethnicity”, en King, A.D. (ed.). *Culture*,

Globalization, and The World-System": Contemporary Conditions for the Representation of Identity, State University of New York at Binghamton, Binghamton, 1991.

-HARRISON, M. y MONTOYA, M.E. "Voices/Voces in the Borderlands", en Delgado, R. y Stefancic, J. (ed.). *The Latino Condition: A Critical Reader*, New York University Press, New York, 1998.

-HEYMAN, J. "U.S. Immigration Officers of Mexican Ancestry as Mexican Americans, Citizens, and Immigration Police" en *Current Anthropology* N° 43, 2002.

_____ "Class and Classification at the U.S.-Mexico Border", en *Human Organization* N° 60, 2001.

_____ "The Mexico-United States Border in Anthropology: A Critique and Reformulation", en *Journal of Political Ecology* N° 1, 1994.

-HICKS, E. *Border Writing: The Multidimensional Text*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1991.

-HOLSTEIN, J.A. y GUBRIUM, J.F. *The Self We Live By. Narrative Identity in a Postmodern World*, Oxford University Press, New York and Oxford, 2000.

-KLEIN, A.M. *Baseball on the Border. A Tale of Two Laredos*, Princeton University Press, Princeton, 1997.

-LACLAU, E. "Identity and Hegemony: The Role of Universality in the Constitution of Political Logics" en Butler, J.; Laclau, E. y Slavoj, Z. *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left*, Verso, London and New York, 2000.

_____ *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Verso, London, 1990.

_____ y MOUFFE, C. *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, London, 1985.

-LOZANO RENDÓN, J.C. "Identidad nacional en la frontera norte", paper presentado en COLEF-1. Estructura y Perspectiva de la Frontera: primer simposio interno, mimeo, octubre de 1990.

-MARTÍNEZ, O. *Border People. Life and Society in the U.S.-Mexico Borderlands*, The University of Arizona Press, Tucson, 1994.

_____ *Border Boom Town. Ciudad Juárez since 1848*, University of Texas Press, Austin and London, 1978.

-MONSIVÁIS, C. "La cultura de la frontera", en *Estudios Fronterizos. Reunión de Universidades de México y Estados Unidos (Ponencias y Comentarios)*, ANUIS, México, 1981.

_____ "The Culture of the Frontier: The Mexican Side", en Ross, S.R. *Views Across the Border. The United States and Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.

-MOUFFE, C. "Democracy, Power and the 'Political'", en Benhabib, S. *Democracy and Difference*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

-PAREDES, A. "The Problem of Identity in a Changing Culture: Popular Expressions of Culture Conflict Along the Lower Rio Grande Border", en Ross, S.R. *Views Across the Border. The United States and Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.

-PEÑA, M. *The Mexican American Orquesta: Music, Culture, and the Dialectic of Conflict*, University of Texas Press, Austin, 1999.

_____ *The Texas-Mexican Conjunto. History of a Working-Class Music*, University of Texas Press, Austin, 1985.

-RODRÍGUEZ SALA, M.L. "Identidad cultural en grupos sociales de la zona fronteriza de Baja California", en *Estudios Fronterizos* N° 7-8, Año III, mayo-agosto/septiembre-diciembre de 1985.

-ROSALDO, R. *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*, Beacon Press, Boston, 1989.

-SACKS, H. *Lectures on Conversation, Vol. I*, Blackwell, Oxford, 1992.

-SALDÍVAR, J.D. *Border Matters: Remapping American Cultural Studies*, University of California Press, Berkeley, 1997.

-SÁNCHEZ, G. *Becoming Mexican American: Ethni-*

city, *Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, Oxford University Press, New York, 1995.

-TORFIN, J. *New Theories of Discourse. Laclau, Mouffe and Žizek*, Blackwell Publishers, Oxford, UK, 1999.

-VÉLEZ-IBÁÑEZ, C.G. *Border Visions: Mexican Cultures of the Southwest United States*, University of Arizona Press, Tucson, 1996.

VILA, P. *Border Identifications: Narratives of Class, Gender, and Religion on the U.S.-Mexico Border*, University of Texas Press, Austin, 2005.

_____ *Ethnography at the Border*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2003.

_____ *Crossing Borders. Reinforcing Borders. Social Categories, Metaphors and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*, University of Texas Press, Austin, 2000.

-ŽIZEK, S. "Multiculturalism, or The Cultural Logic of Multinational Capitalism", en *New Left Review* Nº 225, 1997.

_____ *The Sublime Object of Ideology*, Verso, London, 1989.